

Literatura y filosofía: la «vieja querella» y María Zambrano

Ioana Alexandrescu
Universidad de Oradea, Rumanía

Cruce de encuentros y desencuentros, la relación entre literatura y filosofía parece darse en un territorio cambiante, rehuyendo cobrar una figura definitiva, negándose tanto a ser petrificada, normalizada, por una delimitación exacta de las dos áreas, como a volverse fluida, por la desaparición de la frontera que las une y separa. Estudiar esta relación resulta un ejercicio apasionante, un viaje que va más allá de la búsqueda de lo filosófico en un texto literario o de lo literario en un texto filosófico (y de la evidencia de que siempre encontraremos lo que buscamos), más allá también de la reflexión sobre el vecino desde nuestra casa (la literatura como objeto de estudio de la estética, rama de la filosofía). Es posible enfocarla en su dimensión polémica, visto que cada una de las partes se ha considerado en algún momento superior a la otra: sobre todo la filosofía fue la que reivindicó lo arduo de su actividad frente al carácter «ocioso» de la literatura, aunque tampoco le faltó a la poesía el afán de proclamarse el acceso privilegiado a lo absoluto y la intuición de la verdad en el Romanticismo. O bien se puede elegir reflexionar sobre su vertiente reconciliadora, desde los múltiples casos de compenetración que se han podido comprobar a través del tiempo.

Sin embargo, lo más apasionante del viaje aparece quizás cuando se empieza a recorrer e interrogar la frontera del binomio, puesto que allí es donde se sitúan las dos posturas radicales del pensamiento filosófico que la construyen y respectivamente la deconstruyen, marcando el principio y el final de una visión de la filosofía y de la literatura como par de opuestos. Por eso, recordemos la manera en que un pensamiento hace y otro deshace la frontera.

Como cualquier frontera, ésta surge por abs-tracción, es decir, rompiendo un todo para sacar una parte. La frontera es por consiguiente el espacio del *ya no* y aparece cuando algo se desprende, se diferencia, nace. Con Platón, la filosofía occidental nace al desprenderse de la literatura (para los presocráticos la filosofía era poesía), se configura por exclusión, decidida a habitar lo real en busca de la verdad, ahuyentando lo que virtualiza lo real y crea mundos alternativos, poblados de *phantasmata*, la forma de mentira con efectos dañinos sobre la sociedad llamada literatura.

En el libro X de *La República*, Platón expulsa a los artistas imitativos de la Ciudad ideal. Los considera peligrosos por ser movidos por lo bajo y complejo, no por lo simple y bueno, los acusa de debilidad moral por conseguir multiplicar las apariencias al añadir sombras a las ya presentes en la pared cavernaria, al mostrar el desfile de las pasiones humanas en vez de luchar por que la razón las acalle. No puede haber paz si la poesía imitativa «nos hace viciosos y desgraciados a causa de la fuerza que da a estas pasiones sobre nuestra alma, en vez de mantenernos a raya y en completa dependencia, para asegurar nuestra virtud y nuestra felicidad» (Platón, 1983: 289). Y por encima de todo, cueste lo que cueste, se ha de mantener la paz.

Al poeta lírico, a diferencia de los imitativos, se le reconoce la capacidad de acceder a la verdad, porque no miente creando lo que no existe, pero su camino hacia la verdad es irracional, inspirado. Receptáculo de voces ajenas, poseído por lo divino, el poeta

se encuentra en un estado alterado, habla sin pensar, no sabe lo que dice.

Consecuentemente, el binomio filosofía / literatura no se configura a raíz de la dicotomía verdad / mentira, sino de racional / irracional como dos caminos posibles hacia la verdad, dos formas diferentes de lenguaje, uno denotativo, de precisas definiciones, que descubre la verdad captada por el pensamiento discursivo (*dianoia*) y otro metafórico, receptor de la verdad, bajo sospecha por desequilibrar las emociones. Y la Ciudad ideal decide albergar a la razón, dejando fuera al caos, a la emoción, al cuerpo: «En el momento en que recibáis en ella a las musas voluptuosas, sean épicas, sean líricas, el placer y el dolor reinarán en vuestro Estado en vez de la ley y de la razón» (Ibíd.).

Aparece así la frontera, por la expulsión del poeta de la Ciudad. La intervención decisiva de Platón en la «vieja querella del filósofo y el poeta» sienta las bases del logocentrismo en la tradición occidental, una vez operada la identificación de Ser con Pensar que excluye lo irracional, la ambigüedad y la contingencia del territorio filosófico. A partir de este momento se puede hablar de filosofía o literatura, en relación de exclusión recíproca, aunque el tiempo, paulatinamente, ha venido quitándole rigidez a la frontera hasta llegar a convertirla hoy en pura construcción ficticia.

El siglo XX ha sido el escenario predilecto de varios intentos de reconciliación de las dos áreas, con movimientos de acercamiento que se han dado de múltiples maneras: entre los existencialistas, Sartre, Camus o Iris Murdoch, al escribir tanto obras filosóficas como de ficción han desdibujado la frontera con su ejemplo unificador; leyendo a Foucault, encontramos la presencia imprescindible de Antonin Artaud, leyendo a Derrida, la de Paul Celan; Heidegger tiene precursores en Antonio Machado y en Unamuno (según María Zambrano), o en Alfred Jarry (según Deleuze), etc.

Pero no fue este cruzar constantemente la frontera el que acabó por volverla tan frágil que actualmente se nos presenta como en trance de desaparición. La tradición que va de Platón a Hegel fue destruida por un cambio radical de perspectiva que puso en cuestión su razón de ser, debilitándola desde dentro, cambio que empieza con Nietzsche y continúa con el pensamiento postestructuralista.

Si los conceptos filosóficos tienen un origen poético y todo concepto no es más que la ruina de una metáfora (Nietzsche), si no hay hechos en sí, sólo infinitas interpretaciones (Foucault), si cualquier escritura, sea científica, filosófica o moral es siempre sobre los textos, nunca sobre el mundo, textos que a su vez no representan una realidad metafísica, moral, objetiva, factual, sino que simplemente comentan otros textos, si no hay nada fuera del texto (Derrida), la filosofía acaba siendo un género literario.

Una vez ridiculizada la pretensión de universalidad y permanencia de la tradición filosófica por el giro postestructuralista que hizo hincapié en su naturaleza convencional y la convirtió en constructo imaginario, en opinión «universalizada» por la costumbre, parece pues que la «vieja querella» se presenta desde una perspectiva que vuelve a hablar de filosofía o literatura, pero ahora, tras la deconstrucción de la frontera, en relación de sinonimia, indiferentemente.

Como se puede ver, la filosofía tiene la capacidad de decidir su victoria frente a la literatura para luego decidir derrotarse a sí misma identificándose con ella, ¿dónde, si no en la especulación que le es propia, sería posible darle una vuelta completa, con todos los argumentos necesarios, a cualquier asunto? Sin embargo, una vez admitida su capacidad de crear o destruir fronteras, parece que sigue habiendo una que subyace a su misma existencia, entre lo que es y lo que debería ser, entre la filosofía y la «verdadera filosofía» que la acompaña siempre como una sombra. Porque a dife-

rencia de otras prácticas, a la filosofía se le puede confrontar en cualquier momento con su razón de ser y pedir que se justifique. Desde esta perspectiva, construir o destruir su frontera con la literatura tiene sentido sólo si de esta manera consigue dar un paso más hacia la «verdadera filosofía» que es, que debe ser la que no se aparta de la vida, de la experiencia, del hombre, sino que constituye «la respuesta del pensamiento a la urgencia de la vida» (De Laurenzi, 1995: 16). Se trata, desde luego, de una opción: la filosofía podrá seguir dedicándose a producir verdades que no tienen cabida en lo cotidiano, a producir sistemas o bien, si se quiere, interpretaciones, «textos sobre textos» que tampoco llegan al hombre común que necesita una ayuda inteligente. Pero últimamente se ha venido mostrando que no sólo la vida necesita de la filosofía sino también, y ahora más que nunca, la filosofía necesita de la vida para no agotarse, convertida en una mera repetición de sí misma. Las nuevas corrientes apuntan hacia una *filosofía de la esperanza* que se piensa a sí misma de manera abierta, desde la experiencia y lo contingente, que usa la persuasión y no la fuerza para lograr llegar al hombre y poner fin a su sufrimiento, tal como queda propuesta su renovación por Richard Rorty. Muchos años atrás, el pensamiento de María Zambrano indicaba el mismo camino.

La autora española siempre tuvo presente que más allá de «cierta filosofía», sintagma en el que engloba la cosmovisión racionalista y la lógica pura, todo lo que apuesta por la asepsia del sistema frente a la contaminación inherente a la vida, existe la Filosofía o «verdadera filosofía», la única en encontrar validación en nombre de la vida y hacia la cual se debería volver a encaminar el pensamiento occidental que, según ella, ha perdido el rumbo, el sentido. Porque para Zambrano, la filosofía parte de la vida y tiene que desembocar en ella, tiene que ser ejecutiva, transformadora, propiciar el encuentro del hombre con la verdad que necesita para ir naciendo por sucesivos desvelamientos de su ser, para que su existencia deje de ser pesadilla, oscuri-

dad y sinsentido y logre los imprescindibles momentos de transparencia. Si se aparta de la vida y se vuelve mundo ella misma, si deja al hombre solo, sin iluminar sus problemas diarios, sin alimentarlo, si no implica todos los estratos de la persona la filosofía no se justifica:

justificarse no es otra cosa que mostrar los orígenes, confrontar el ser que se ha llegado a ser con la necesidad originaria que lo hizo surgir; confrontar la imagen del ser hecho, «histórico», con la imagen originaria, especie de inocencia que queda –blanca sombra– tras toda realización histórica (Zambrano, 1986: 153).

El racionalismo (lo que la filosofía ha llegado a ser) dejó de guardar parecido con «la blanca sombra», con el asombro originario que generó la pregunta y así la filosofía. Al expulsar el asombro, el misterio, el cuerpo, se volvió violenta, mutiladora e injusta. Y quien es injusto con aquello que le permitió nacer se vuelve injustificable.

De esta necesidad de recordarle a la filosofía su razón de ser para poder encontrar y regenerar la vida surge el pensamiento reconciliador de Zambrano y su propuesta: integrar la poesía en la filosofía para que ésta se ensanche tanto que pueda por fin abarcar la vida y llegar al hombre. Porque si la filosofía se resiste a la poesía, la vida se le resistirá a su vez.

Para volver a la dicotomía filosofía / literatura, la postura de Zambrano aparece de una manera que no es ni exclusiva ni indiferente: su obra entera puede ser considerada como un intento siempre repetido no de fragilizar la frontera, sino de volverla permeable, para que la filosofía pueda recibir a la poesía, se deje transformar por ella y de esta manera penetre a su vez en la vida y la transforme. Su pensamiento no se propone debilitar el territorio de la filosofía, sino únicamente mostrar las insuficiencias de su estado actual que le impide explorar las «entrañas», lo irracional, la parte de sombra que es necesario tomar en cuenta para llegar a comprender la vida desde dentro:

«Conocer la vida en nombre de la vida obliga a explorar la totalidad de la vida, a no retroceder ante nada» (Ibíd.: 176).

Se podría decir que su pensamiento recorre el binomio en un viaje de dos etapas: una etapa que se detiene en la diferencia, en la frontera, en la que la filosofía y el vivir poético aparecen como par de opuestos y otra que propone la resolución del conflicto, la reconciliación de la razón con la poesía y con la vida. Para presentar la primera etapa, es posible situar el conflicto en tres niveles fundamentales, a partir de las respuestas contrarias que dan el filósofo y el poeta a las preguntas (1) qué (objeto), (2) cómo (método), (3) para quién (destinatario):

1. Mientras que la filosofía racionalista pretende abarcar la realidad, lo que hay, el ser que se piensa, el poeta extiende su mirada no sólo hacia el ser, sino también hacia el no ser, hacia los lugares habitados por los sueños, por la vida *in posse*, por el deseo de ser,

en admirable justicia caritativa, pues todo, todo tiene derecho a ser hasta lo que no ha podido ser jamás. El poeta saca de la humillación del no ser a lo que en él gime, saca de la nada a la nada misma y le da nombre y rostro. El poeta no se afana para que de las cosas que hay, unas sean, y otras no lleguen a este privilegio, sino que trabaja para que todo lo que hay y lo que no hay llegue a ser (Zambrano, 1987: 30).

La poesía ensancha la realidad colocándola en tiempos múltiples, da vida a lo que aún o ya no tiene, «por encima del ser del no ser, persigue la infinitud de cada cosa, su derecho a ser mas allá de sus actuales límites porque cada ser lleva como posibilidad una diversidad infinita con respecto a la cual, lo que ahora es, es únicamente porque ha vencido de momento» (Ibíd.).

2. Si lo que define al filósofo es la búsqueda y el encontrar, el poeta recibe y es encontrado. A partir de una situación inicial de déficit, el filósofo sale en busca de la respuesta, de lo que le falta

para comprender la realidad: «El filósofo define la vida humana por su manquedad, por su insuficiencia y de ella parte para encontrar, para encontrar por sí mismo, el camino que le lleve a completarse. La filosofía es incompatible con el hecho de recibir nada por donación, por gracia» (Ibíd.: 42). La situación inicial de poeta es de exceso, su vivir «no comienza por una búsqueda, sino por una embriagadora posesión. El poeta tiene lo que no ha buscado y más que poseer, se siente poseído» (Ibíd.).

3. La poesía es para todos y es diferente para cada uno, «es el logos disperso de la misericordia que va a quien lo necesita, a todos los que lo necesitan» (Ibíd.: 25). El logos de la filosofía selecciona a sus destinatarios, les exige esfuerzos continuados, «inmóvil, no desciende y sólo es asequible a quien puede alcanzarlo con sus pasos» (Ibíd.), impone trayectos difíciles de seguir para quien no es ni sabio, ni filósofo, sino simplemente un hombre que a veces no comprende y necesita comprender la realidad, su vida, sin fórmulas universales ni sistemas que no pueden acoger su vivir cotidiano, sus dudas, sus temores.

Tras esbozar el conflicto razón / poesía mediante estos tres niveles, la filosofía moderna presentada así por Zambrano aparece como una suma de exclusiones, puesto que deja fuera lo irracional, el sueño, lo que se presenta sin haber sido buscado, lo particular, la experiencia, en definitiva, al hombre. Su propuesta consiste en reconciliar las partes, porque la vida necesita de las dos: «Quien de este conflicto sufre no puede retroceder entre la doble irrenunciabilidad que tiene de poesía y de pensamiento en el sentido más estricto» (Ibíd.: 20).

La resolución del conflicto por la integración del sentir en la razón supone pasos que la filosofía tiene que empezar a dar si quiere convertirse en un saber vital. Para lograrlo, el filósofo ha de aprender del poeta a no renunciar a nada por deseo del sistema, a no violentar la realidad imponiéndole las medidas del concepto:

«Violentar la realidad es no dejarla aparecer antes de la palabra, no dejar que su cuerpo –su materia– *sea* plenamente antes de que adquiriera significado para aquellos que en ella y con ella viven» (Mailard, 1992: 75).

Primero tiene que haber un disponerse a recibir la realidad tal como se presenta, desprovista de sintaxis, hay que sentir plenamente el caos, la oscuridad, «bajar a los ínferos» y sólo luego, sólo después de haberle permitido reflejarse, intentar comprenderla, llevarla a la luz. El filósofo tiene que dejar de imponerle a la vida algo previo a sí misma para no perderla, para no perderse a sí mismo, vuelto distante y sin justificación. Y tiene que aprender a descifrarla, sacrificando sus hábitos analíticos:

Analizarla es someterla a la conciencia despierta que se defiende de ella; enfrenar dos mundos separados de antemano. Descifrarla, por el contrario, es conducirla a la claridad de la conciencia y de la razón, acompañándola desde el sombrío lugar, desde el infierno atemporal donde yace. Lo que solo puede suceder si la claridad proviene de una razón que la acepta porque tiene lugar para albergarla: razón amplia y total, razón poética que es, al par, metafísica y religiosa (Zambrano, 1987: 46).

Queda esbozada así la propuesta de Zambrano, entre la conciencia de que «aún no es posible pensar desde el lugar sin límite en que la poesía se extiende, desde el inmenso territorio que recorre errante» (Ibíd.: 60) y la esperanza de que «algún día afortunado la poesía recoja todo lo que la filosofía sabe, todo lo que aprendió en su alejamiento y en su duda, para fijar lúcidamente y para todos su sueño» (Ibíd.). La unión de la razón con la poesía está lejos, pero la posibilidad y la necesidad de que ocurra son suficientes para que la autora emprenda el camino que la llevaría a ella, en un intento de reducir la distancia entre el «aún no» y «algún día». Su obra no se contenta con proponer esta unión, no se conforma con describir

una meta, agotándose en la teoría, sino que constituye en sí misma el movimiento –a veces danza, a veces paso dolido– mediante el cual las dos partes del binomio caminan juntas:

No se limita a indicar, como es más habitual, qué ha de hacerse ni cómo. Lo hace. Y por eso, por lo inusual del gesto, su aportación irrenunciable al permanente cuestionar el sentido de la dedicación al pensamiento filosófico sorprende tanto, hasta el punto de inducir a pensar en la conveniencia de ubicar sus escritos en territorios diversos, y muy poco definido (Revilla, 1998: 210).

Zambrano abre su filosofía a la literatura, la incorpora de múltiples maneras: a parte de reflexionar constantemente sobre el conflicto razón / poesía y de proponer la reconciliación de las partes, asume una labor de crítica literaria e interpreta a Galdós, a Cervantes, a Kafka, a tantos otros escritores, a la vez que reflexiona sobre los géneros literarios; por otro lado, escribe ella misma teatro, poesía, autobiografía. En sus textos los personajes acompañan a los filósofos, la vida a la razón y a la poesía, su escritura fronteriza, «enmarañada» (Ramírez, 2004:118) une conceptos y metáforas, combina lucidez y belleza, sensibilidad doquiera, de manera que la máxima fusión de la filosofía con la literatura se da en la sustancia misma de su escritura.

Sin duda alguna, «ella dice lo que hace, y hace lo que dice» (Maillard, 1987: 127). Es algo que se puede ver también en el siguiente ejemplo: en *La confesión: género literario*, la autora pone en práctica su propuesta de difuminar la frontera entre filosofía y literatura al enfocar la confesión como género literario y como método filosófico. Por otro lado, estas reflexiones acerca de la confesión estarán a su vez puestas en práctica en su propia autobiografía, *Delirio y destino*, donde el autorretrato rehuye el espejo y atrofia la información referente a su vida personal, tal como quedaba marcado el camino en las líneas de su ensayo sobre el género confesional.

Resulta una experiencia particularmente enriquecedora observar los numerosos detalles que certifican la fidelidad de Zambrano a su proyecto. Estos detalles, tan coherentes a pesar del tiempo que los separa, nos enseñan lo estable, la posibilidad del centro.

BIBLIOGRAFÍA

- De Laurenzi, Elena (1995): *Nacer por sí misma*, Madrid, Horas y Horas.
- Deleuze, Gilles (1993): *Critique et clinique*, Paris, Le Minuit.
- Derrida, Jacques (1986): *Schibboleth pour Paul Celan*, Paris, Galilée.
- Maillard, Chantal: (1987): «Ideas para una fenomenología de lo divino en María Zambrano», *Anthropos*, 70-71, pp.123-127.
- (1992) *La creación por la metáfora. Introducción a la razón poética*, Barcelona, Anthropos.
- Platón (1983): *La República*, Madrid, Espasa-Calpe.
- Ramírez, Goretti (2004): *María Zambrano, crítica literaria*, Madrid, Devenir.
- Revilla, Carmen, ed. (1998): *Claves de la razón poética: un pensamiento en el orden del tiempo*, Madrid, Trotta.
- Rorty, Richard (1994): *La filosofía dopo la filosofia*, Milano, Sa-gittari Laterza.
- Zambrano, María (1986): *El hombre y lo divino*, México, Fondo de Cultura Económica.
- (1987): *Filosofía y poesía*, México, Fondo de Cultura Económica.
- (1988): *La confesión: género literario*, Madrid, Mondadori.
- (1989): *Delirio y Destino*, Madrid, Mondadori.